

Acerca del surgimiento de las ideologías

PEDRO FRANCISCO GAGO GUERRERO*

Resulta sorprendente que la ideología surgiera en un momento de brillantez creadora del pensamiento europeo. Pero la creatividad no está reñida con el deseo de que las ideologías lleguen a imponerse y a ser indiscutibles. Por eso la ideología nació como una necesidad para dogmatizar las ideas-ilusión. La ideología no es pensamiento auténtico, es idea deformada de la realidad por la ilusión: convertida en una teorización crítica y negativa de la realidad que necesita convertirse en estrategia para la acción. Tuvo éxito en su objetivo de desnaturalizar el pensamiento que

tiene como fin la verdad. Lo incomprensible es que haya logrado orientar al pensamiento hacia sus fines. Por eso hay que distinguir el pensamiento anterior a la aparición de la ideología, en el que una parte de él se decanta por el modo de lograr imponer sus criterios, confeccionándola como doctrina, como desarrollo del pensamiento que se propone llegar simplificada a los grupos a los que va dirigida, y, después del asentamiento ideológico, convertida en guía del pensar, para llevar a efecto sus exigencias doctrinales, a fin de tener una respuesta permanente para construir artificialmente la

realidad. Una vez formado el sistema de creencias, las ideologías han sido capaces de ganarse adeptos, tanto de gentes cultas como iletradas. Es evidente que los presupuestos de la ideología dan la seguridad del dogma al pensamiento balbuciente, inseguro y desequilibrado que no encuentra su sitio indiscutible, debido a la multitud de interpretaciones y concepciones de la realidad. Las ideologías, a diferencia del pensamiento auténtico, no pretenden tener trato con la verdad. Por eso sus intelectuales-militantes, nunca buscaron, contentándose con adoctrinar a la gente. Así la ideología infantiliza el pensamiento.

Las ideologías también nacieron como una necesidad histórica producida por el rumbo imprimido por la cultura renacentista. Fundamentalmente fue una necesidad del sistema político para asentar o dirigir la economía desde el Estado. Ello era consecuencia de la aparición de lo social y el hogar común nacional y la casi eliminación de lo privado. La ideología podía llevar a cabo los requerimientos de la economía política, la ciencia de lo social, por excelencia. Y, en lo específico del orden político, la transformación del Estado y los cambios sociales producidos por la burguesía hacían necesario el cambio político con la necesidad de nueva élites. Desde luego no todas las corrientes políticas eran ideológicas, pero terminó por imponerse la ideología. La lucha por dirigir la reforma o por realizar el cambio político exigía nuevas orientaciones para la conquista del poder, que quedaba legitimado por las ideologías. Asimismo al Estado le convenía la movilización social para hacerse necesario y desarrollar su naturaleza expansionista y totalitaria. Las ideologías se mostraban como la base principal para renovar todo el orden antiguo, desplazarlo y orientarlo a sus fines, siendo el Estado el principal beneficiario.

Subrepticiamente el Estado era el verdadero sujeto de la historia.

A medida que la ideología se iba imponiendo en el ámbito estatal y social, comenzó a dirigir el pensamiento y la actividad encaminada a transformar radicalmente todo lo existente. Redujo así llamativamente las posibilidades del pensamiento. No sólo por convertirlo en un instrumento de sus proyectos, sino porque las ideologías se olvidaron del hombre. Todas propiciaron la “destrucción de la imagen personal del hombre”, según J. Marías. Con el dominio ideológico se fue perdiendo el respeto por las personas, por su singularidad. Era la consecuencia lógica de la utilización inadecuada de las grandes aportaciones de la ciencia natural de Copérnico, Galileo, etc. De manera especial porque se intentó que el hombre olvidara la importancia esencial de la libertad personal, para convertirle en un mero mecanismo biológico, psicológico, etc. Es decir, que se dejó de ver a los hombres fundamentalmente como almas. Así resultaba fácil ponerle al servicio de algo que aparentemente le encumbrara, después de haber reducido al mínimo su valor inigualable. Para poder ser debería participar en algo que se considerara más importante que él, que le diera la relevancia que había perdido, como ser hombre de clase, de partido, de Estado. En realidad no se engrandecía al hombre, sino a una abstracción colectiva y, sobre todo, al Estado.

Cabe destacar los esfuerzos del intelectualismo por poner al hombre al servicio de la ideología. Cuando el pensamiento se fue plegando y sometiendo a las ideologías, los intelectuales pasaron a ser ideólogos. El objetivo consistía en aumentar su efectividad. Puesto que no eran pensadores en busca de la verdad, pretendieron eliminar el pensamiento auténtico. Y en la medida en que la ideología lograse controlar al Estado, el fin del intelectualismo sería poner a la

sociedad en manos de quienes ostenten los mecanismos coactivos y coercitivos para llevar a cabo la revolución permanente. Así pues, la intelectualidad ideologizada se acogió al poder del Estado como paladín para llevar a cabo sus dogmas.

La estrategia ideológica ha sido distinta según la estructura del Estado y las diferencias de las sociedades. El Estado y la ideología se utilizaron mutuamente. El Estado fomentó la ideología que le convenía según sus características y circunstancias. Incluso oponiéndose a las que no cuadran con el modelo de Estado exigido por la idiosincrasia de la nación o la voluntad de los dirigentes. La ideología se acopló en el Estado para dirigirlo o para subsistir. Resulta evidente que la acción ideológica ha reforzado al Estado como poder. Como se sabe, el Estado es poder de dominación. Y este poder de dominación ha intentado bajo los auspicios de la ideología, la obediencia y la integración plena del individuo en su aparato. Primero, las ideologías, medios del estatismo han sido una de las fuerzas principales para convertir al hombre en objeto de la historia. Es decir, las ideologías han preparado al hombre para su servidumbre al Estado Total. Y ello porque el Estado se ha cuidado muy bien de desproveerles de recursos existenciales. Luego, las ideologías fueron perdiendo sus pretensiones históricas al ser aspiradas por los fines del estatismo. Desde hace tiempo los conflictos e incluso los debates en los regímenes políticos son técnicos y no ideológicos. Pero la ideología, aunque exangüe, sigue siendo la mejor parafernalia justificativa del estatismo. El Estado sigue necesitando de las ideologías para justificar sus acciones, apoyándose en los diferentes valores ideológicos en los que se dirige a una sociedad bastante incrédula, aunque respetuosa con el formalismo.

Además de utilizarlas el Estado como elemento legitimador de actuaciones, hay otros aspectos para los que las ideologías siguen siendo muy importantes, por ejemplo, para ocultar el orden natural, la realidad espontánea, surgida de las relaciones sociales y seguir construyendo las “realidades” ficticias queridas por el Estado mediante la constante formulación de códigos irreales, con los que seguir manteniendo la ficción constructivista.

No obstante, la ideología ha dejado ya de ser para el individuo un valor absoluto, al guiarse por intereses y no por principios. Las antiguas ideologías, corroídas por el nihilismo del Estado, acopladas al vertedero de lo falso, han creado nuevos contenidos en su estrategia destructiva, que aparecen como seudologías y que aparentemente están desligadas de ellas, como el feminismo, el ecologismo, etc., que aunque no consigan mover a la sociedad a la acción, se han introducido en la conciencia de las masas para rechazar el orden natural. Entre los fieles, el intelectual es el más interesado en mantener la ideología. Nada quedaría de su biografía en cuanto la abandonara.

El intelectual ideologizado a pesar de sus esfuerzos por mantener el antiguo *status*, ha perdido gran parte de su anterior protagonismo. Su posición la van ocupando el publicista, el periodista vulgar y el artista progresista, que imponen sus criterios banales a las masas, destacando los más “instruidos”, los que “fundamentan” el simplismo y justifican la necesidad del vicio como realización de la libertad.

El desorden moral y la degeneración ideológica por el tecnicismo

Las ideologías intentaron conseguir un orden mecánico, sin embargo, produjeron el desorden, sobre todo, moral. El fracaso fue debido a la

distancia que había entre su capacidad para controlar el Estado y su influencia en la sociedad. Puesto que se enfrentaban a la realidad e intentaban variar la esencia de las cosas, su principal estrategia radicaba en eliminar la realidad; al no ser posible, se la ocultaba mediante el movimiento continuo, con la revolución permanente, para impedir que la persona se fijara o se detuviera en la realidad. Era la única posibilidad para conseguir sus propósitos. ¿Cómo si no podían justificarse todas las apropiaciones del Estado a costa de la sociedad? Por eso, en los países occidentales, las ideologías provocaron por una parte, una falsa creencia en lo que no puede existir, desgastando energías en fines imposibles y, por otro, desvalorizando el sistema imperante y todo lo que en él había. El progresismo siempre ha puesto especial énfasis en rechazar los ideales que han hecho grandes a las sociedades occidentales. Con ello contribuyeron a desarmar moralmente a las poblaciones.

Las ideologías han fomentado así la descomposición social. Para desvalorizar el sistema propiciaron la politización total y la paralización de la acción política. Formó parte de la estrategia ideológica aislar al individuo, sacándole del espacio público. Era asunto obligado para el culto de la nueva religión, que se hacía bien en el exterior por la Iglesia-Estado, a través del movimiento emocional, o en el interior de uno mismo, asumido en la conciencia ideológica.

La ideología, al aislar al hombre, le expuso a la derrota interna de su propia mente. Las ideologías parten del supuesto de que pueden explicarlo todo, pero al hacerse muy compleja la realidad, resulta muy difícil mantener la ficción. Si la realidad queda desvalorizada e incomprendible y no llega lo esperado, resulta lógica la desesperanza de los fieles. Era previsible que, el individuo, al quedarse sin asideros a los que sujetarse para vivir y no encontrar su posición en la sociedad y faltó de

señorío sobre su persona, se precipitase en una angustia existencial.

Ello ha llevado a la despreocupación por el futuro y a la preocupación por la inmediatez. Una sociedad con miras sólo en el presente no puede aceptar sacrificios y menos como legado para lo venidero. A las ideologías, como sostiene D. Bell, les ha sido imposible crear una “civitas”.

El desorden moral en la sociedad, consecuencia del pensamiento ideológico, ha propiciado la aparición de modelos de conducta inmorales, degenerados e indignos, que se justifican como expresión del valor libertad. La homosexualidad, la infidelidad, el aborto, la exposición impudica del cuerpo y de la intimidad, son conductas perfectamente justificadas por la ética ideológica e incluso aceptadas por el espíritu constitucional.

Parte de responsabilidad en la transformación degenerativa de las ideologías la ha tenido la aplicación, ignorante de sus consecuencias, de la técnica. Esta, que es indiferente, nihilizante, al relacionarse con el poder del Estado, desideologiza al individuo y erosiona el movimiento que era característico del pensamiento ideológico, sustituyendo el ritmo ideológico por el técnico. La mentalidad tecnológica va cubriendo el papel que van dejando las ideologías con la ayuda del estatismo, pero no como una superideología. El problema es que dirigir el saber por medio del conocimiento tecnológico supone un cambio extraordinario en la sociedad. Este saber implica que las acciones y las conductas de los hombres se deben adecuar a la evolución tecnológica. Por eso la tecnología ha adquirido una importancia incuestionable. Desde hace tiempo forma parte “de la realidad humana”. No obstante, deberá pasar tiempo hasta que se pueda comprender su repercusión histórica.

Si la ideología se justifica por el fin, la tecnología sólo se interesa por los medios. Aunque carezca de objetivos a largo plazo, la técnica no es neutral. Impone su ritmo, su evolución a la sociedad. Puesto que todo el mundo entra en contacto con la técnica, dependerá de su relación para dominarla o someterse a ella. Porque en efecto, como piensa S. Cotta, “quien reciba la tecnología de forma superficial está dentro de un espejismo”. La tecnología se impone sobre el individuo porque carece de bases sólidas a las cuales aferrar su vida. Fue la ideología la que vació las ideas y creencias, la que desordenó su vida y le preparó para otra nueva dependencia: la del estatismo tecnocrático. Hoy es la técnica la que estimula más a las sociedades y crea nuevas necesidades y dependencias del Estado, aunque se haya producido un cierto desengaño respecto a la tecnología. Así, el estatismo ha encontrado otro medio para eliminar la realidad.

Si la ideología ha pasado a depender del espíritu administrativo del Estado, éste se ha servido de la técnica para reducir al mínimo la influencia de sus dogmas, cada vez más inútiles para el poder del Estado y la evolución de la sociedad. A su vez, la técnica introduciéndose en la sociedad, disminuye el papel ideológico en ella, y la técnica. Acoplados por la técnica, sociedad y Estado van asimilando y desarrollando la cultura de la técnica.

La técnica como instrumento del Estado

La entrada del individuo en la sociedad tecnológica se ha hecho más fácilmente que con la ideología. La técnica no ha tenido que recurrir a la conquista del Estado. En las sociedades occidentales, cuando los movimientos revolucionarios no consiguieron su propósito, la estrategia ideológica consistió en meterse en la sociedad o en el Estado transformando paulatinamente los

valores, sustituyéndolos por los ideológicos, que, como bien señalaba C. Schmitt, terminaron en la tiranía de los valores. La técnica ha encontrado muy dispuesto al individuo, en razón a su ideologización decadente, que le ha puesto en manos del nihilismo de la técnica.

La técnica también ha sido utilizada por el Estado para acabar con la política. Pero la técnica en contrapartida, también impone obligaciones. Se deja dominar, pero compele a seguir determinadas direcciones. Como se sabe, la técnica ya ha “exigido” unos dirigentes neutrales, libres de militancia ideológica: los tecnócratas, el gobierno de los que pretenden tecnificar la política, los que intentan poner los medios más convenientes, sin ajustarse a ningún fin, porque desorientaría lo que conviene al presente. Y el poder del Estado muy amenazado por sus fracasos deja que la técnica decida “lo que es posible y correcto”. De éste modo, la política desaparece, pues, en verdad no hay mando, sino sólo elección entre diversas alternativas técnicas que se ofrecen. El nihilismo creará a su vez sus propios criterios y juicios. Siendo el acierto o el error siempre técnico, el mal se elimina del ámbito moral, por lo que dejará de ser atribuido al hombre. De este modo no hay mal, sino error técnico; no hay bien, sino acierto técnico: El hombre sólo podrá actuar técnicamente.

Por último, cabe decir que hay algo común al estatismo y a la tecnología. El primero tiene conciencia de ello, el segundo no: ambos pretenden modelar al hombre. Los dos coinciden en eliminar su pasado y poner a todos en el mismo plano. Ello es admisible porque para la cultura tecnológica y para el estatismo, los principios y valores tradicionales no son necesarios, lo importante es que las cosas funcionen, aunque sea una exigencia que vaya más allá de sus posibilidades. También porque la técnica,

como el estatismo, no admite la particularidad, en el sentido de que cada uno lleve su propio ritmo. Si la técnica y el estatismo confluyen irán erosionando lo particular y podrán convertir a las personas en seres estandarizados, con conductas mecánicas similares.

Aquí radica una parte del problema histórico actual para la mayoría de las sociedades políticas. La tecnología no tiene por sí misma voluntad de dominio aunque imponga sus premisas, algunas de las cuales son muy negativas para el hombre. El estatismo no tiene la voluntad de perder el dominio y el control sobre una sociedad muy entregada a él. La solución debería comenzar por el reencuentro con la naturaleza de las cosas.